

## LIBRO QUINTO.

Napoleon en la aldea de la Cour-de-France, cerca de Paris, el día 30 por la noche.—Encuentro de las tropas francesas en retirada, del general Belliard y del emperador.—El emperador sabe la capitulación de Paris.—Indignación de Napoleon.—Envía á Caulaincourt á Paris.—Infructuosa tentativa de Caulaincourt para entrar en Paris.—Su regreso al lado del emperador.—Le envía por segunda vez á avistarse con los aliados.—Napoleon se dirige á Fontainebleau.—Encuentro del duque Constantino y de Caulaincourt en las barreras.—Hace entrar á Caulaincourt en Paris.—Le recibe Alejandro.—Entrevista de Alejandro y de Caulaincourt.

### I.

La noche que precedió á la entrada triunfal de los soberanos extranjeros en Paris ¿qué hizo Napoleon?

Ya hemos visto, que despues de mandar la reunion de los restos de su ejército á marchas forzadas el 2 de abril al pie de los muros de Paris, salió de Troyes el 30 de marzo al rayar el alba, y que acompañado únicamente de Berthier su mayor general, y de Caulaincourt, su negociador íntimo, se habia precipitado con toda la velocidad de sus caballos hacia Paris. Incierto de los reveles ó de los triunfos de Marmont y de Mortier, temblaba por el corazon de su imperio, por su esposa, su hijo, sus hermanos, su trono y su gloria. Esperaba que su presen-

cia y su nombre valdrian tanto como un ejército para Paris. No pedia al tiempo mas que dos dias, y un plazo al destino. Si el tiempo y el destino se lo hubiesen concedido, sesenta mil hombres concentrados al pie de las murallas, una artilleria inmensa, fáciles refuerzos, y un impulso popular comunicado por sus soldados, uno ó dos encuentros brillantes de sus armas con Schwartzberg ó Blucher, y las negociaciones vueltas á entablar por Caulaincourt sobre la base de las de Chatillon, podian dejarle todavía, no la grandeza, pero sí el trono. Ya no disputaba acerca de la necesidad de la paz: apresurábase á asirla despues de haberla despreciado tantas veces. Pero la paz, el imperio, el trono y la gloria, iban á escapársele á un mismo tiempo. Corria para saber cuanto antes la sentencia del destino que tantas veces habia dictado, y que entonces se convertia contra él.

### II.

En dos horas, el carruage que la casualidad le habia proporcionado cerca de Montereau, le condujo al galope por los caminos rurales de aquellas llanuras, por entre las aldeas de Esoune y de Villejuif, hasta las puertas de Paris. Se apartó de Fontainebleau temiendo encontrar ocupada la ciudad por los destacamentos de las tropas de Schwartzberg. En los caminos desiertos por donde su guia le conducia, nadie pudo decirle una palabra precursora de lo que iba á saber acerca de la suerte de Paris y de sus ejércitos. La noche era muy oscura, el frio glacial, y el emperador caminaba silencioso entre sus dos últimos compañeros de fortuna. Aquel carruage contenia al dueño del mundo que corria delante de su destino.

Detúvose en la aldea de la Cour-de-France, situada sobre la última cresta que domina el curso y el valle del

Sena por un lado, y por otro el curso y el valle del Esoune. Pero la oscuridad no dejaba percibir á derecha é izquierda de aquellos dos grandes horizontes, mas que el lejano resplandor de las hogueras del vivac, que se extendian en línea por los collados de Villeneuve, Saint-Georges y de Charenton, y se prolongaban hasta las orillas del Sena, sin que el emperador pudiese saber, si aquellos fuegos eran los de Mortier y Marmont, ó los del campamento enemigo.

## III.

Se arrojó del carruage, y corrió á la casa de postas para informarse de lo que tanto deseaba y temia saber. Antes de encontrar á quien preguntar, vió á larga distancia algunos soldados desbandados que por la ancha calzada de la aldea se dirigian hácia Fontainebleau. Se asombra y se irrita: «¿Cómo, esclama, no se dirigen esos soldados hacia París? . . .» El general Belliard, uno de los tenientes mas adictos al emperador, al oír sus espresiones salió y le dió la infausta noticia de aquella marcha retrógrada. París ha capitulado, los enemigos entran en él mañana, dos horas despues de salir el sol, y esas tropas son los restos de Marmont y de Mortier, que se replegan sobre Fontainebleau, para reunirse con el emperador y el ejército de Troyes.

Un largo silencio fué la única respuesta de Napoleon, semejante al que sucede al ruido de un hundimiento. Allí se abismaba su única esperanza. Varias veces se pasó la mano por la frente para enjugarse el sudor frio que la inundaba, y luego, como un hombre que reúne todas sus fuerzas para igualarlas con la inmensidad de su infortunio, compuso su semblante, aseguró su voz, dominó su carácter, y aparentando contra los hombres una cólera, que solo debía dirigir contra los acontecimientos, prorum-

pió en vituperios é imprecaciones contra sus tenientes, contra sus ministros y contra su hermano, cuya impericia y falta de carácter habia dejado que se le anticipasen los enemigos. Paseábase apresuradamente por la espaciosa y desigual plaza que da frente á la posada, seguido de Caulaincourt, Berthier y Belliard. Se detuvo un momento, avanzó, y luego pareció titubear y retrocedió. En su marcha unas veces rápida y otras lenta, se descubria la indecision, los arrebatos, los cambios y todos los confusos movimientos de su pensamiento. Sus tenientes se miraban y no se atrevian á mezclar sus advertencias en el consejo que celebraba consigo mismo. Despues volvió á preguntar:

«¿En dónde está mi esposa? ¿En dónde mi hijo?.. ¿En dónde el ejército?... ¿Qué se ha hecho la guardia nacional de París? ... ¿Y la batalla que debía sostenerse mientras hubiese un solo hombre al pie de las murallas de París? ¿Y los mariscales Mortier y Marmont, en dónde se hallan?...» Le contestaban y no escuchaba las respuestas. «La noche es mia, esclamaba, el enemigo no entra hasta por la mañana. ¡Mi carruage!.. ¡mi carruage!.. ¡marchemos al instante!.. ¡Anticipémonos á Blucher y Schwartzberg!.... ¡Que me siga Belliard con la caballería!.... Peleemos hasla en las calles y las plazas de París. Mi presencia, mi nombre, la intrepidez de mis tropas, y la necesidad de seguirme ó de morir despertarán de su letargo á París. El ejército que me sigue llegará en medio de la lucha, y atacará á los estrangeros por la espalda, mientras nosotros lo hacemos de frente. Vamos, quizá me aguarda una fortuna en mi último revés.» Y con la voz y sus ademanes daba prisa para que enganchasen los caballos que habia pedido.

Berthier, Belliard y Caulaincourt, consternados de la estension de un desastre que no le habian revelado mas que á medias se estremecian con la idea de una lucha de esterminio en el recinto de una capital. Aquella era la

guerra antigua con sus incendios, sus matanzas y sus pueblos y ciudades borradas de la superficie de la tierra: viéronse, pues, obligados á recordarle, que el derecho de gentes y la humanidad se oponian á un designio tan estremado y funesto. Le confesaron que el ejército de París y los generales estaban ya ligados por un convenio que los obligaba á replegarse hacia Fontainebleau. «¡Que insensatos son, contestó Napoleón hablando consigo mismo, José y mis ministros!... ¿Qué?... con una artillería formidable en sus parques, no han podido colocar mas que una batería de seis piezas en Montmartre, con escasas municiones?... Allí debia haber doscientas piezas, ¿qué han hecho?... Hombres sin corazon y sin cabeza, que todo lo dejan perder en donde yo no estoy.»

## IV.

Volvió á pedir con mas premura un carruaje y caballos para correr en auxilio de la capital. «Quiero entrar en ella á toda costa, decia, y no salir sino muerto ó vencedor.»

Pero mientras se entregaba á aquel acceso de cólera, de impaciencia y de heroísmo á presencia de aquellos tres compañeros de fortuna inmóviles delante de él, iban llegando sucesivamente por el camino de París, generales, coroneles, soldados de la guardia de caballería, en grupos y en retirada; se detenian al oír su nombre, echaban pie á tierra y se agrupaban tristemente en derredor de su emperador. Los fué interrogando uno á uno, y por ellos supo alternativamente, los pormenores de la jornada, la retirada de sus cuerpos, la pérdida de sus regimientos, y la separacion de sus fuerzas. Los cadáveres de cuatro mil hombres, yacian esparcidos en las afueras de París.

Al escuchar aquellas relaciones que se confirmaban y agravaban unas con otras, Napoleón renunció por fin á volver á París con los restos de su ejército. Pensó en negociar todavía por un resto de imperio, antes que el enemigo ocupase su propio palacio: se acordó de que fué amigo de Alejandro, y de que era yerno del emperador Francisco. Creyó que sus títulos y la sombra de su nombre, contendrian á tiempo la última profanacion de su corona. Llamó aparte á Caulaincourt, le mandó hiciese ensillar un caballo, y que antes de romper el alba estuviese en el cuartel general de los aliados. «Corred á rienda suelta, dijo á su negociador confidencial, corred: estoy entregado y vendido.... Ved si tengo todavía tiempo para intervenir en el tratado que se firme ya quizá sin mí y contra mí. ¡Os doy plenos poderes!... No perdis un minuto.... Aquí os aguardo. Volved al instante á anunciarme mi suerte.» Partió Caulaincourt y atravesó á galope la corta distancia que le separaba de Villejuif. Napoleón mandó á Belliard que hiciese vivaquear las tropas al otro lado del río de Esoune, según fuesen llegando. En seguida entró en la posada acompañado de Belliard y de Berthier.

## V.

Caulaincourt, en cuanto llegó á los puestos avanzados del enemigo, se dió á conocer y pidió en vano paso en nombre de la mision que llevaba del emperador. Vióse, pues, obligado á desistir de su empeño, y dos horas después de su partida, regresó al lado de su amo para anunciarle la inutilidad de sus tentativas. Pero nada hace desistir á Napoleón, que quiere intervenga su nombre en el tratado, ya como emperador ó como general. Un tratado en que fuesen omitidos su nombre y sus intereses, seria un destronamiento pronunciado. No dejó á Caulaincourt

mas tiempo que el necesario para que tomase otro caballo, y le volvió á enviar para que tentase otro camino. «¡Miserables!... esclamaba mientras Caulaincourt se enjugaba el sudor de la frente: ¡cobardes!... No les pedia mas que se sostuviesen veinte y cuatro horas... ¡Y Marmont que habia jurado dejarse hacer pedazos al pie de las murallas de París!... Y mi hermano José, dando á mis tropas el ejemplo de la retirada... Y sin embargo sabian, que pasado mañana, el 2 de abril, llegaria á las puertas con sesenta mil hombres... ¿Y mi valiente guardia?... ¿y mis colegios militares?... ¿y los entusiastas voluntarios de la guardia nacional que me habian jurado defender á mi esposa y á mi hijo?... ¡Han capitulado!... ¡Han hecho traicion á su hermano, á su país, y á su soberano!... ¡Han deshonrado á la Francia en Europa!... ¡Han permitido á columnas enemigas seguidas por mí, entrar sin combate en una ciudad de un millon de almas!...

Luego, dirigiéndose á Caulaincourt: «¡Apresuraos, marchad, marchad!... Forzad la puerta del emperador Alejandro. Firmaré cuanto estipuleis con ellos. ¡En vos cifro mi esperanza!... Esta noche decide la suerte del imperio y la mia.

Despues de estas palabras entrecortadas, el emperador alargó la mano á Caulaincourt, que la estrechó entre las suyas y la llevó á sus labios. Avanzaba la noche, y Caulaincourt volvió á galopar entre las tinieblas dirigiéndose por otro camino hacia París, cuyos fuegos veia al frente.

## VI.

Renunciando Napoleon por el pronto á toda tentativa armada contra París, montó á caballo, y volvió á tomar lentamente y en silencio el camino de Fontainebleau, palacio de su felicidad, de sus cacerías y de sus fiestas.

Un grupo de oficiales generales, le seguia abismado en las mismas reflexiones. El emperador llegó al rayar el alba, á aquella desierta mansion de Francisco I. Como si quisiera ya amoldarse á las proporciones de su nuevo destino que iba estrechándose, y abdicar sus pompas ante su imperio, prohibió que se le abriesen las grandes habitaciones. Se alojó mas como particular que como soberano, en un entresuelo del ángulo del palacio. Los balcones daban al jardin, sombreado por aquel lado por un bosque de abetos. Una escalera con algunos escalones, bajaba desde la habitacion á un parterre reservado, separado por una cerca del jardin real. Aquel parterre, cuyos arbustos apenas comenzaban á echar botones al aproximarse el mes de abril, se asemejaba mucho á los cementerios de la Córcega y de Toscana, cercados de paredes y con algunos cipreses. Aquella conformidad del sitio y de la suerte, habia sin duda impulsado instintivamente á Napoleon, á refugiar su destino en aquel ángulo del palacio.

Segun iban llegando las tropas de París por diferentes caminos y las de Troyes por Fossard, se acantonaban en la ciudad y aldeas inmediatas. Pero sigamos á Caulaincourt

## VII.

Nada esperaba obedeciendo por segunda vez la orden de su amo, que la desgracia le hacia mas imperativa. A cada momento era detenido é interrogado por oficiales, soldados y amigos de Napoleon, fugitivos de París, que le preguntaban en dónde estaba el emperador. «Nos hemos batido por él hasta esta noche, gritaban las tropas, que se presente. Si vive, que nos digan lo que quiere, todavía estamos dispuestos á batirnos. ¡Que nos vuelva á llevar á París!... El enemigo no entrará sino pisando el

cadáver del último soldado francés! . Si ha muerto, que nos lo digan también, y que nos conduzcan al frente del enemigo: nosotros le vengaremos.»

Tales eran las disposiciones de las tropas, tan diferentes de las del pueblo: con los rostros tostados, los labios crispados, los ojos ensangrentados, los brazos con cabestrillos, y los zapatos destrozados por las marchas, aquellos soldados, sentados en la orilla de los fosos, ó arastrándose por el lodo de los caminos, daban por su aspecto un carácter de desesperación y de desolación á su adhesión por su emperador. Cuando Caulaincourt les decía que Napoleón vivía y los aguardaba en Fontainebleau le contestaban con voz casi apagada. ¡Viva el emperador!... y volvían á emprender con más celeridad el camino para reunirse á él.

Mientras las últimas filas de su ejército protestaban con sus últimos acentos contra la ingratitud, los gefes civiles y militares con quienes había compartido los despojos del mundo, se ponían de acuerdo con los vencedores, y daban su trono por rescate de sus títulos y de sus tesoros.

## VIII.

Los rusos estaban acampados en los caminos que desembocan en las barreras de Melun, Orleans y Châtres. Un cordón de tropas de todas las naciones rodeaba á París. Al amanecer, Caulaincourt se encontró en medio de aquellas tropas, prontas á apoderarse de su presa. De todos los vivaques salía un murmullo de alegría y de orgullo. Los instrumentos militares y la voz de los oficiales llamaban á los soldados á la entrada triunfal en aquella capital, que el sol iba á iluminar. Aquel júbilo cubría de luto los ojos y el corazón de aquel negociador errante de Napoleón. Rechazado segunda vez por todos

los puestos, se refugió durante todo el día, á una de aquellas quintas aisladas, que se elevan en medio de las espaciosas llanuras que rodean á París. No salió de allí hasta la caída de la tarde, en que el silencio de los tambores y trompetas le hizo comprender que los ejércitos extranjeros habían entrado ya en la ciudad. Pensaba que ocupado París, cesarían las prohibiciones que le habían detenido, que se le abrirían las puertas y podría penetrar hasta el emperador Alejandro. Rechazado otra vez, se desalentaba é iba á emprender el camino de Fontainebleau. Una casualidad le hizo encontrar el carruaje del gran duque Constantino, hermano del emperador de Rusia que iba á atravesar las barreras. Aquel príncipe conoció á Caulaincourt que había sido mucho tiempo embajador de Napoleón en Rusia, y le trató como á un amigo desgraciado. Le confesó que los criados de Mr. de Talleyrand, en cuya casa estaba hospedado Alejandro, habían tomado las precauciones más serias é inflexibles, para cerrar el acceso del gabinete de los soberanos, á cualquiera emisario de Napoleón. Pero vencido por las súplicas y el sentimiento de Caulaincourt, Constantino se atrevió á violar la consigna de aquella política. Le hizo subir en su carruaje, le puso con sus propias manos, un ropón ruso con pieles, y disfrazado de aquel modo le condujo hasta los Campos Elíseos, inmediatamente al palacio de Mr. de Talleyrand. Allí le dejó solo en su carruaje custodiado por cosacos, y desde el fondo de aquel desconocido birlocho, el embajador de Napoleón asistió durante una parte de la noche, á la tumultuosa concurrencia de diplomáticos, generales y hombres políticos, que la hora decisiva y el consejo aun no resuelto del emperador de Rusia y del rey de Prusia, conducían á la puerta del palacio en donde la suerte iba á pronunciar su fallo. El gran duque Constantino detenido por su hermano, no volvió á presentarse en la portezuela del carruaje, hasta concluirse la noche: había por fin ob-

tenido de Alejandro el permiso de introducir al último representante de Napoleón. Caulaincourt bajó, y con aquel disfraz, y la protección del gran duque, atravesó los salones llenos de enemigos de su amo: pasó sin que le conociesen y fué recibido por Alejandro.

## IX.

El emperador estuvo familiar, magnánimo y compasivo. Animó á Caulaincourt para que cobrase confianza, por la misma que le manifestaba. Se acordó de sus antiguas simpatías por Napoleón, y manifestó deseos de tratarle con la consideración que los héroes se merecen después del triunfo. No se esplicó acerca de la suerte que le reservaban, pero confesó á Caulaincourt, que su reinado y el de su hijo, inspirado por las tradiciones de su gloria y de sus conquistas, habían sido declarados incompatibles con la paz y el orden de la Europa. «¡Con que está jurada su pérdida!... dijo el embajador.—¿Y quién tiene la culpa?.. dijo Alejandro enternecido, pero inflexible, ¿quién tiene la culpa? ¡He hecho cuanto ha estado á mi alcance para evitar este extremo, para abrirle los ojos sobre el crimen y el riesgo de invadir mi imperio, un imperio cuyo soberano se honraba con el título de su amigo!.. En la candidez de mi edad, si, había creído mas en la amistad que en la política. Me engañó cruelmente. No importa, si su destino no dependiese mas que de esta mano, firmaría todavía la paz, poniendo por condiciones el dejar el imperio á mi enemigo. No abriga resentimiento este corazón que en otro tiempo estaba lleno de entusiasmo por él. Pero la paz del mundo exige el restablecimiento de la casa de Borbon en el trono de Francia. Estos príncipes cuentan con un partido numeroso en el consejo de los soberanos. Con esa fami-

lia, la Europa ya no tiene que temer la guerra. Talleyrand nos responde de los votos del Senado, del pueblo, y de los gefes del ejército. Todo nos indica el cansancio de gloria y de sacrificios, que vuestra nación ha hecho por ese hombre, que ha abusado del entusiasmo que la inspiraba »

## X.

Caulaincourt trató de convencer al emperador de Rusia, de que el supuesto deseo del pueblo de entronizar á la familia ya olvidada de sus reyes, no era mas que un artificio convenido entre algunos diplomáticos, y cortesanos de lo pasado, para aparentar una opinión falsa; que los Borbones en veinte y cinco años habían retrocedido un siglo: que su largo destierro era un abismo entre ellos y la nueva Francia: que su regreso, avivando en el corazón de la antigua nobleza y del clero esperanzas contrarrevolucionarias, pero sin fuerza, seria un motivo para nuevas luchas entre los principios populares y los monárquicos, luchas en que la monarquía, seguramente vencida, volvería á comprometer todos los tronos.

Alejandro convino en aquel peligro, pero se desentendió de aquellas objeciones, repitiendo á Caulaincourt, que los aliados ni impondrían, ni aun indicarian los Borbones á la Francia: que se limitarían á declarar la incompatibilidad de la Europa con la dinastía conquistadora de Napoleón: que por lo demas, estaban resueltos á dejar que la nación escogiese la forma de gobierno que mas la agradase. Añadió, que los grandes cuerpos constituidos por el mismo Napoleón, manifestaban ya en voz alta su adhesión á la antigua casa real, basada sobre instituciones liberales y constitucionales. Por último, el emperador, cediendo como por un resto de complacencia á las reiteradas instancias de Caulaincourt, concluyó que-

jándose de su impotencia y de su aislamiento en el consejo de los soberanos, y prometió al embajador, que al día siguiente abogaría por la regencia de María Luisa.

Avanzaba la noche y ya iba á amanecer: el emperador, como si quisiese sancionar las esperanzas que daba á Caulaincourt, con una familiaridad mas tierna, le hizo acostarse en un divan en la misma alcoba en que él dormía. Todavía no habia adoptado un partido decisivo. Cuando jóven, habia sido entusiasta de Napoleon: se envanecía de haberse medido con él para con la historia: desde su infancia, formada por maestros revolucionarios, afectaba la popularidad de un príncipe muy avanzado á su siglo: ridiculizaba las cosas antiguas y los restos de la corte y de la emigracion. No era muy afecto á los príncipes de la casa de Borbon. Aquellos príncipes no habian manifestado en San Petersburgo, mas que las esterioridades de la caballería de su raza, en la época en que Catalina II esperaba de ellos las temeridades del heroísmo, y en que les prestaba sus subsidios y su apoyo. Además, Alejandro temia en ellos á la Inglaterra de quien eran clientes ya hacia muchos años.

Caulaincourt, encerrado todo el dia siguiente en la habitacion del gran duque Constantino, esperó entre el temor y la esperanza, el resultado de los últimos consejos, que se multiplicaban entre los soberanos, los generales estrangeros, los partidarios de la casa de Borbon, los miembros influyentes del Senado, y los mariscales del emperador. Aquel dia debia fijarse la suerte de la Europa, variar el cetro de manos, abolirse el gobierno militar, y hacer surgir una dominacion, cuya gloria misma, no podia alijerar el peso. Concluia el reinado de las espadas, é iba á comenzar el de las ideas.

## LIBRO SESTO.

Alejandro en casa de Mr. de Talleyrand.—Mr. de Talleyrand.—Conferencia nocturna de los aliados.—Deliberacion.—Alejandro.—El duque de Alberg.—Pozzo di Borgo.—Mr. de Talleyrand.—Declaracion de los soberanos.—Diputacion realista á Alejandro.—Respuesta de Mr. de Nesselrode.—Propaganda realista.—La prensa.—Folleto de Mr. de Chateaubriand, *Bonaparte y los Borbones*.—Estado de los ánimos.—Convocatoria del Senado.—Sesion del 4.º de abril.—Formacion del gobierno provisional.—Mr. de Talleyrand.—El duque de Alberg.—Mr. de Jaucourt.—El general Beurnonville.—El abate de Montesquiou.—El consejo municipal.—Manifiesto de Mr. Bellart.

### I.

El emperador Alejandro, despues de su entrada triunfal en Paris, fué á echar pie á tierra en casa de Mr. de Talleyrand. La situacion de aquel palacio á la entrada de los Campos Eliseos y del jardin de las Tullerías, sus espaciosas y magníficas habitaciones, sirvieron de pretesto á los ministros y ayudantes de campo del emperador, para elegir aquel alojamiento. Pero las relaciones secretas de Mr. de Talleyrand con los diplomáticos estrangeros del gabinete de Alejandro, sus inteligencias con los príncipes de la casa de Borbon por medio de Mr. de Vitrolles, negociador voluntario, intrépido y activo entre la opinion realista y los desafectos imperiales,